

# ***De la pregunta “¿Qué es el populismo?” a “¿Existe el populismo?” 3 provocaciones y 5½ propuestas\****

BENJAMÍN ARDITI

## LA PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

El *Cambridge Dictionary* designó al populismo como la palabra del año en 2017 (Art, 2022, p.999). Parece estar por todas partes. No importa dónde estemos o quién habla. La gente conversa de “populismo” con la misma soltura con la que pontifica sobre los cambios que debería haber hecho el entrenador de su equipo de fútbol para evitar la derrota. Pero cuando se les pide que expliquen qué significa decir que algo o alguien es populista, probablemente expresen una mezcla de perplejidad e irritación. Uno *sabe* qué es el populismo. O cree que lo sabe.

Así es como funciona el lenguaje cotidiano. Hacemos afirmaciones contundentes sin justificarlas pues la comunicación depende al menos parcialmente de la fuerza evocativa de las palabras que usamos dentro de una comunidad de hablantes. Pero esta explicación *ad hoc* no resuelve la discrepancia entre la ubicuidad del populismo y la dificultad de dar una explicación razonablemente convincente y ecuménica de su significado. Carlos de la Torre resume este malestar en los estudios sobre populismo cuando dice que “Si bien se ha reducido la cacofonía de definiciones que había en el pasado, todavía no hay acuerdo sobre qué es el populismo” (De la Torre, 2022, p.529; también Bernhard & O’Neill, 2022, p.781).

Parte del problema es que no formulamos bien nuestra pregunta de investigación. Nos preguntamos “¿qué es el populismo?” sin darnos cuenta de que con ello ya dábamos por sentado que tal cosa existía y que solo quedaba examinar en qué consistía. Esto fue un error. Debemos poner esa certeza en suspenso y partir de una premisa diferente. En vez de indagar qué es o qué significa el populismo mi propuesta es cambiar la pregunta a “¿Acaso hay tal cosa como el populismo?” o “¿Existe acaso algo que podemos llamar populismo?” La condicionalidad de este “acaso hay tal cosa” no descarta que lo haya, pero tampoco lo da por sentado. No hemos explorado este camino para reflexionar sobre el populismo. Tal vez concluyamos que el populismo sigue siendo un objeto relevante para la reflexión política o que el término ya ha pasado su fecha de caducidad y que podemos abandonarlo, tal y como hace tiempo dejamos de preguntarnos si los monarcas tienen un derecho divino a gobernar.

Mi respuesta a esta pregunta de investigación consta de dos partes. La más incendiaria consiste en tres provocaciones que buscan sacudirnos de la modorra interrumpiendo la confianza que hemos depositado en la utilidad del populismo. El grueso de este capítulo

\* Este capítulo se basa en ideas desarrolladas en mi libro *Is There Such a Thing as Populism? 3 provocations and 5½ proposals*, Routledge, 2024.

gira en torno a las tres provocaciones. La segunda parte de la respuesta acerca de “¿Acaso hay tal cosa como el populismo?” consiste en 5½ propuestas metodológicas para estudiar el populismo y otros fenómenos políticos. Por razones de espacio me limitaré a presentarlas de manera sintética.

## TRES PROVOCACIONES

### Adiós al populismo

La primera provocación es que dejemos de hablar de populismo. Debemos perder el miedo a que caiga el telón del populismo. No sería algo tan radical, nuevo o inaudito. Ian Roxborough insinuó esto en un inspirador artículo publicado hace unos cuarenta años. Lo hizo de manera indirecta. No dijo que hubiera que abandonar el populismo, pero cuestionó la utilidad de la definición clásica que lo concebía como una coalición de sectores heterogéneos de clases subordinadas. Esto, dijo, no era consistente con la evidencia empírica. En sus inicios los gobiernos de Lázaro Cárdenas en México y Perón en Argentina no fueron apoyados por masas desorganizadas sino por asociaciones de trabajadores que estaban organizados de manera autónoma y que entraron en alianzas con el estado, por lo que usar el término populismo para describir a estos gobiernos no aportaría nada al análisis (Roxborough, 1984, p.12).

Roxborough también expresó dudas sobre la utilidad de la definición mínima que propuso Laclau en su primera interpretación discursiva del populismo como ideología (1978), según la cual este consistía en una interpelación del pueblo para resolver sus demandas ante la oligarquía o el imperialismo (Roxborough, 1984, p.10). Dice que el motivo de ello es que, si bien los gobiernos de Cárdenas y Perón se ajustan a la definición mínima de Laclau, ella es tan amplia que cabe preguntarse acerca de su utilidad, pues la invocación del pueblo indicaría que “distintos movimientos, incluyendo el que se dio en la Alemania nazi, también deben ser etiquetados como ‘populistas’” (1984, p.14).

Quiero llevar las ideas de Roxborough un paso más lejos y proponer que abandonar el populismo significa exactamente lo que dice esa frase: que no hay tal cosa como el populismo. La idea no es tan descabellada. Hay precedentes en relación con otros conceptos. Hace más de cuatro décadas Alain Touraine tuvo la osadía de proponer “que se erradique completamente la noción de sociedad del análisis sociológico” (1979, p.1305). Ni siquiera se preocupó por matizar su afirmación: pidió que erradiquemos el término *completamente*. Era un pedido sorprendente dado que los cursos de introducción a la sociología suelen describir a la sociedad como el objeto de estudio de la disciplina. Pero era difícil etiquetar lo que decía Touraine como una excentricidad. Fue uno de los sociólogos más destacados de la segunda mitad del siglo XX y formaba parte del puñado de investigadores que reescribió el guion de cómo estudiar los movimientos (sociales) en las décadas de los setenta y ochenta. Esto es lo que propuso:

En adelante la sociedad [...] No es más una esencia sino un acontecimiento [...] una mezcla cambiante de conflictos latentes o abiertos, de negociaciones, de dominación impuesta, de violencia y de desorden [...] La sociología puede pues eliminar al fin completamente la idea de sociedad. Un biólogo, François Jacob, escribió que la biología moderna se constituyó cuando dejaron de interrogarse sobre la vida para estudiar los seres vivos. De la misma manera, la sociología nace verdaderamente cuando erradica la idea de sociedad

y se dedica enteramente al estudio de las relaciones sociales [...] Propongo entonces que se erradique completamente la noción de sociedad del análisis sociológico y que esta palabra solo sea empleada para designar conjuntos particulares, *The American society* [sociedad americana] o hasta *The industrial society* [sociedad industrial] (Touraine, 1979, pp. 1304-1305).

El decir que la sociedad se había convertido en un concepto inútil fue un gesto audaz. Touraine nos invitaba a reorientar nuestros esfuerzos hacia el estudio de las relaciones sociales, el equivalente sociológico de los “seres vivientes” de Jacob. En esto no estaba solo, pues pocos años después Laclau planteó algo similar en “La imposibilidad de la sociedad” (2000). Nos pidió que concibiéramos a la sociedad como una suerte de espejismo. Lo cito: “Hoy tendemos a aceptar la *infinitud de lo social*, es decir, el hecho de que todo sistema estructural es limitado, que está siempre rodeado de un ‘exceso de sentido’ que él es incapaz de dominar y que, en consecuencia, la ‘sociedad’ como objeto unitario e inteligible que funda sus propios procesos parciales, es una imposibilidad” (Laclau, 2000, p.104). El exceso de sentido es un rasgo estructural de los órdenes sociales; desestabiliza sus certezas e impide su plenitud.

Touraine y Laclau sentaron el precedente de cuestionar el sentido común terminológico al dejar ir un concepto familiar como el de la sociedad, al menos como la conocíamos. ¿Por qué no podemos al menos considerar algo similar y cortar el cordón umbilical que nos ata al populismo, otro concepto ubicuo, a menudo difamado, y cuyo estudio impulsa carreras promisorias? No es fácil abandonar un término que hemos usado tan seguido y con tanta pasión. Además, ¿importa realmente si lo dejamos ir o si nos aferramos a él? La interrupción del sentido común imperante no garantiza su eficacia. Seguimos hablando de la sociedad a pesar de las décadas transcurridas desde que Touraine y Laclau nos dijeran que era una noción inútil o un objeto imposible. El populismo va a seguir apareciendo en la bibliografía especializada, las discusiones políticas y programas de debates en los medios. Pero cualquier tipo de idea puede persistir al margen de su utilidad, incluso aquellas que son claramente absurdas.

Van dos ejemplos. El primero tiene que ver con la oposición a las vacunas contra el covid-19 en 2020-2022. Quienes se oponían a las vacunas pusieron en circulación mitos como que las vacunas contra el virus eran una coartada para introducir un chip en el flujo sanguíneo para así poder controlarnos mejor, o que el cloro e incluso la ivermectina (un remedio para desparasitar animales) servían para tratar el covid y eran menos riesgosas que vacunas desarrolladas a todo vapor para lidiar con el virus. Algunos se enfermaron de gravedad por creer en estas supuestas alternativas. El segundo ejemplo es acerca de la Sociedad Internacional de Investigación sobre la Tierra Plana. Creyentes en esto organizan simposios y conferencias regulares para enterarse acerca de las últimas investigaciones que respalden sus afirmaciones acerca de lo que llaman “la gran mentira” acerca de la forma esférica de nuestro planeta. Esta sociedad recibe donaciones y sus actividades gozan de una cobertura sorprendentemente amplia en la prensa. Su misión, según afirman en su página web oficial, es “ofrecer un hogar para aquellos pensadores osados que marchan con firmeza junto con la RAZÓN y la VERDAD para reconocer la VERDADERA forma de la Tierra, que es plana” (<https://theflatearthsociety.org/> Las mayúsculas están en el texto original). Un terraplanista llevó su pasión tan lejos que construyó un cohete para reunir pruebas y refutar de una buena vez lo que veía como la mentira acerca de la redondez del planeta. Lamentablemente murió cuando la nave se estrelló durante su vuelo inaugural.

Los ejemplos de “remedios” contra el covid-19 y la creencia en que la Tierra es plana son ridículos y no los uso para mofarme de quienes investigan sobre el populismo sino para demostrar que hay ideas que sobreviven a pesar de la tremenda evidencia en su contra. Con el populismo la crítica es igualmente difícil. El término goza de gran credibilidad en la academia y en el sentido común, por lo que el cuestionamiento de nuestra fascinación por el populismo es como pretender escalar el Himalaya sin una cuerda o un piolet. Dudo que vayamos a ser testigos de un réquiem colectivo para el populismo, pero al menos quiero desafiar nuestro apego por el término a sabiendas de que va a sobrevivir en el lenguaje cotidiano y en el imaginario conceptual de una u otra comunidad de investigadores.

### Usemos el populismo para acusar y descalificar a los adversarios

La segunda provocación es menos dramática. Si hay una compulsión por seguir usando la palabra populismo, entonces hagámoslo como se hace en el discurso cotidiano, es decir, para denigrar o descalificar a un rival, una política, un conjunto de creencias, un candidato, un partido, un gobierno o una forma de hacer política. *Acusamos* a nuestros adversarios de ser populistas, los *insultamos* al calificarlos como tales. El valor táctico de la palabra radica en su capacidad para desmerecer a quienes no nos agradan más que en su capacidad para describir fenómenos políticos complejos.

La provocación de usar el populismo como insulto equivale a asignarle a esa palabra el papel que se le solía dar a la democracia. Jacques Rancière nos recuerda que democracia fue:

primero un insulto inventado en la Grecia antigua por quienes veían en el innumerable gobierno de la multitud la destrucción de cualquier orden legítimo. Resultó sinónimo de abominación para todos cuantos pensaban que el poder correspondía por derecho a quienes se hallaban destinados a él por su nacimiento o a quienes eran convocados a él por sus capacidades (Rancière, 2007, p.10).

El populismo sería el sucesor contemporáneo de la democracia como palabra de desprecio.

Esto continuó hasta hace relativamente poco, pues la democracia siguió siendo vista como una mala palabra hasta mucho después de las revoluciones estadounidense y francesa. Los trabajadores varones no pudieron comenzar a votar ni a participar en la gestión de los asuntos públicos hasta la segunda mitad del siglo XIX y las mujeres apenas en el XX. Esto se debe a que la democracia, como dice C. B. Macpherson, [...] solía: “ser una palabra nociva. Todos los que se preciaban de ser algo sabían que la democracia, en su sentido original de gobierno del pueblo o de acuerdo con la voluntad de la masa mayoritaria, sería una mala cosa —fatal para la libertad individual y para todos los atractivos de la vida civilizada” (Macpherson, 1968, p.9).

Eventualmente, la aristocracia terrateniente británica se resignó a compartir el poder con la burguesía, a la que veía como inculta y carente de los buenos modales de mesa de la nobleza, pero al menos tenía algo a su favor, el dinero. Las cosas eran diferentes con sus connacionales más plebeyos, más aún si eran mujeres. Sentía escasa simpatía por extender la participación política para incluirlos a ellos. Benjamín Disraeli, primer ministro de la reina Victoria, expresó la baja estima por la democracia entre las élites británicas del siglo XIX con gran candor: “No vivimos, y confío en que nunca será la suerte de este país vivir en una democracia” (Quinault, 2017, p.119).

Como se puede apreciar, la democracia fue primero una palabra de desprecio antes de convertirse en algo normativamente deseable. Ahora funciona como la regla de oro de lo que es políticamente deseable a pesar de que la mayor parte del planeta está gobernada por teocracias, autocracias y, más recientemente, por regímenes iliberales. Aun así, la democracia es una palabra que se respeta en el discurso público y es difícil encontrar a políticos, incluso los no democráticos, que estén dispuestos a decir abiertamente que se oponen a ella.

El populismo pasó a relevarla como palabra de desprecio, incluso sabiendo que hay políticos que se sienten honrados de ser calificados como populistas. Por la derecha está Nigel Farage, cuyo nombre es casi sinónimo del Brexit de 2016. Estaba orgulloso de ser tildado de populista, al igual que en su momento lo están (o estaban) Barack Obama en Estados Unidos y Pablo Iglesias e Íñigo Errejón, dos de los fundadores del partido de izquierda Podemos en España. Aparte de excepciones como estas, el populismo se usa más que nada como un término despectivo. Quienes emplean la palabra lo hacen para referirse a demagogos dispuestos a movilizar a la gente en torno a cualquier tema que pueda incrementar su fuerza electoral, a falsos profetas cuyos seguidores tienen una devoción casi mística por ellos o a un gobierno de diletantes que seguramente terminarán arruinando las cosas para todos. Por eso, déjenme subrayar lo que estoy proponiendo: ¿por qué hacernos tanto lío cuando basta con decir que el populismo ocupa el lugar que alguna vez estuvo reservado para la democracia, una palabra ofensiva que, como nos recuerda Macpherson, solía verse como “fatal para la libertad individual y para todos los atractivos de la vida civilizada”?

Académicos como Andrés Velasco (2020) y John Daniszewski (2020) incluso culparon a gobiernos populistas por haber instrumentado una pobre respuesta a la emergencia sanitaria del coronavirus de 2020–2022. Alegaron que sus líderes rechazaban las opiniones de los expertos y que con ello empeoraron los efectos de por sí devastadores del virus. De ese modo establecían un nexo fuerte entre populismo e incompetencia. No veo tal nexo, o si lo hay, no es de tipo causal. Los dos autores confunden concurrencia y causalidad. La notación de esta última es “si A, entonces B”, que significa que A es causa directa de B. La concurrencia, en cambio, es otra cosa. Indica que dos fenómenos pueden ocurrir de manera más o menos simultánea sin que ello signifique que haya una relación de causa y efecto entre ellos. Es posible que cuando un volcán entra en erupción el sacerdote anuncie que se debe arrojar a veinte doncellas en su cráter para apaciguarlo, detener el avance de la lava y salvar a la comunidad. Tal vez luego de hacerlo se acabe la actividad volcánica, pero eso no quiere decir que haya una relación causal entre el sacrificio de esas vidas y el fin de la erupción. Al menos eso es lo que dicen los vulcanólogos. Se trata de un simple caso de concurrencia. Cuando Velasco y Daniszewski ven un vínculo más directo entre lo que llaman populismo y el desempeño gubernamental confunden la concurrencia con la causalidad.

El principal contrargumento es que los gobiernos de Reino Unido, Francia, Italia y España también fueron acusados de un mal manejo de la crisis. La política sueca de buscar la inmunidad de rebaño en vez de confinar a la gente fue menos efectiva que la de sus vecinos nórdicos que sí optaron por el confinamiento. Ninguno de ellos ha sido calificado de populista. Quien sí es considerado como populista (además de ser un euroescéptico de extrema derecha) es Matteo Salvini, del partido italiano Lega. Salvini criticó a la Comisión Europea por no liberar fondos suficientes para que Italia hiciera frente a la crisis, algo que algunos calificaron como una maniobra propia de un populista. Pero ¿por qué llamarle populista cuando hay otras etiquetas que describen de manera más precisa lo que representa Salvini? La demagogia y el oportunismo (un euroescéptico que exige ayuda de la Unión Europea)

son las que primero vienen a la mente. Alternativamente, ¿por qué *no* ponernos del lado de Salvini y sumarnos a sus críticas de la Comisión Europea por su lenta respuesta a los requerimientos financieros y logísticos de los países del sur de Europa que más sufrieron en los primeros meses de la pandemia?

Así es que dejemos de buscar excusas si queremos criticar a un político impresentable como Salvini o quejarnos de la incompetencia del gobierno de alguien como Nicolás Maduro en Venezuela. Simplemente usemos populismo como un término peyorativo para descalificar a alguien o a sus políticas. Es lo que hizo el historiador Enrique Krauze hace años cuando describió al presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador como un político popular y populista. Lo tildó de “mesías tropical” (2006), una expresión que sus opositores usan hasta ahora. Usó populismo para ningunear a López Obrador. La revista *The Economist* (2021) hizo lo propio al llamarlo “el falso Mesías de México” en la portada de la edición latinoamericana. Casualmente, el número fue publicado una semana antes de las elecciones intermedias de 2021 con el claro propósito de ejercer influencia en la intención de voto de los mexicanos. El encabezado decía “Andrés Manuel López Obrador persigue políticas ruinosas por medios indebidos”, y el artículo principal comenzaba con la frase “En un mundo asolado por populistas autoritarios, el presidente de México ha escapado de alguna manera al centro de atención”. El mensaje de *The Economist* dejaba poco a la imaginación: el populismo es algo malo, pero no en el sentido de que hay algo llamado populismo que se puede adjetivar como malo, sino porque la revista considera que la palabra populismo en sí misma funciona como sinónimo de algo terrible.

Para el escritor peruano Mario Vargas Llosa esto es algo evidente en sí mismo. Dijo, sin aportar pruebas, que López Obrador quería ser reelegido “sin ninguna duda” (El Universal 2021). El problema con esta afirmación es que la reelección no solo fue rechazada por el presidente en numerosas ocasiones, sino que además está prohibida por la Constitución. Y si la palabra del presidente no basta para Vargas Llosa, agreguemos que López Obrador no tenía los votos en el Congreso para modificar la Constitución. Vargas Llosa también lo acusó de populista por pedirle a España que se disculpara por la masacre de la población indígena y por saquear los recursos del continente durante la conquista. Hay que asumir que, para el escritor, quien exige disculpas por crímenes llevados a cabo con la anuencia o complicidad de instituciones es, por definición, un populista. En ese caso, Vargas Llosa tendría que incluir en su lista al estado alemán, que pidió disculpas al pueblo judío por su responsabilidad en el Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial, y también al papa Francisco, quien se disculpó ante los pueblos originarios de Canadá por el papel de la Iglesia católica en la opresión y maltrato de esas poblaciones. Vargas Llosa repitió que el presidente mexicano “Ha demostrado que es un populista”, y añadió, “no me diga que no es cómico, absurdo”. Remató sus declaraciones refiriéndose a los actos conmemorativos de los 200 años de la Independencia de México, afirmando que el hecho de que López Obrador “invite a un presidente cubano a que venga a pronunciar un discurso tampoco tiene mucho sentido, también es una cosa populista, francamente de mal gusto” (El Universal, 2021).

Lo anterior sugiere que el populismo puede ser prácticamente cualquier cosa que queramos que sea, incluso algo cómico, absurdo y de mal gusto si confiamos en el tino político de Vargas Llosa. Pero, sobre todo, es una palabra de desprecio o de ninguneo lanzada de manera casual, casi sin pensar, que es como lo usa la mayoría de la gente, incluido el novelista peruano. En suma, el espíritu de esta provocación es que no necesitamos más teorías acerca del populismo o reforzar los atributos de las ya existentes. Simplifiquemos las co-

sas aceptando que la palabra ha reemplazado a la democracia como término para descalificar a políticos que nos desagradan por ser presuntamente incompetentes, poco sofisticados, polarizadores, autoritarios, mesiánicos o generalmente indignos de ocupar un alto cargo por un motivo u otro.

Sin embargo, tengo un par de reservas respecto de esto. Una es que algunos están tratando de rescatar el populismo, especialmente la variante incluyente, como parte de un lenguaje de mayor justicia social. Usan populismo para contrarrestar las acusaciones de la derecha que toda referencia a la desigualdad equivale a marxismo, socialismo o progresismo, algo importante debido a la penetración electoral que ha tenido la derecha en la clase media y en algunos estratos de trabajadores (Hounshell, 2022). En otras palabras, el populismo se puede estar convirtiendo en una manera más neutral de hablar de (y con) la clase trabajadora evitando la carga connotativa que tiene el concepto de clase social en el discurso público. Tal vez esto explique por qué Obama se describió a sí mismo como populista. Es un fenómeno incipiente, y todavía es difícil extraer conclusiones en firme de ello.

La segunda salvedad acerca de usar populismo solo como insulto está relacionada con la anterior. Hay un inesperado resurgimiento del lenguaje de la Guerra Fría y se vuelve a escuchar el uso de palabras como socialista, comunista, progresista e incluso liberal (en el sentido en que esa palabra se usa en Estados Unidos) como descalificaciones que rivalizan con la de populismo. Los conservadores las usan para referirse a quienes se preocupan por la desigualdad, la justicia social, la igualdad de género, la discriminación racial y, en general, la solidaridad con quienes sufren. Partidos de extrema derecha y comunidades afines que se nutren de ecosistemas informativos en los que circulan teorías conspiratorias se sienten cada vez más inconformes con lo que ven como posturas tibias de los partidos tradicionales ante políticas “socialistas”. Con esto se refieren a cuestiones como un sistema de impuestos progresivos, solidaridad hacia quienes escapan de la persecución en sus países, el feminismo, y durante la pandemia del covid-19, la obligatoriedad de usar cubrebocas en espacios cerrados o tener que mostrar un certificado de vacunación en el lugar de trabajo para protegernos a nosotros y a la gente a nuestro alrededor.

De momento el populismo encabeza la lista de candidatos a heredar el lugar de ignominia que tenía la democracia en Grecia clásica y en los estados liberales del siglo XIX, pero puede ser que eventualmente las etiquetas de comunista, progresista y otras rebasen al populismo como expresión de desdén político. También es posible que las usen como equivalentes virtuales, algo que ya está sucediendo con el uso de la expresión “populismo de izquierda”. Jorge Castañeda (2006) escribió sobre los giros a la izquierda en América Latina e incluyó al presidente mexicano López Obrador entre sus representantes. También lo calificó de populista autoritario, por lo que la propia academia ha contribuido a hacer más difusas las fronteras entre izquierdismo, populismo y autoritarismo.

Si el populismo es un término para descalificar a otros y no uno de esos problemas que todo matemático sueña con resolver, ¿por qué no renunciamos al impulso por encontrar la explicación definitiva o más citable de lo que significa el término? Un gobierno es populista si usa recursos públicos para programas sociales debido al riesgo inflacionario que ello conlleva. Otro es etiquetado como populista si liquida activos estatales para resolver problemas de flujo de caja a corto plazo a costa de una dependencia a mediano y largo plazo de impuestos y préstamos para pagar por infraestructura y servicios públicos. Un tercero puede ser acusado de populista si busca el consejo de personas educadas en universidades públicas en lugar de reclutar a gente con las credenciales educativas de instituciones privadas. Ahorré-

monos problemas y sigamos usando el populismo de esta manera en lugar de preocuparnos por adoptar una interpretación minimalista, maximalista, discursiva, retórica, ideacional, estratégica o de otro tipo para entender lo que significa el término.

Quienes sientan una pasión especial por el populismo van a ignorar estos argumentos. Algunos lo harán porque usar el término como acusación hace difícil justificarlo como un tema de investigación. Hay financiamiento para estudios sobre populismo, invitaciones a dar charlas, conferencias, *zoominars*, publicar libros y artículos en revistas especializadas y además existen innumerables cursos y cursillos que tratan parcial o totalmente sobre el tema. La especialidad está tan arraigada que incluso hay una revista indexada, *Populism*, que publica investigaciones sobre el tema —yo mismo soy integrante de su consejo editorial—. El uso continuo de la palabra en la academia y en las conversaciones cotidianas la hace resistente a los desafíos. Esto ejerce presión para frenar el impulso de abandonar el populismo o verlo como un insulto. Y, sin embargo, como ya mencioné, eso es precisamente lo que sugiero que hagamos.

### **El peronismo y sus contemporáneos fueron populistas. Lo que vino después ya no**

No sé si podremos llegar muy lejos con las primeras dos provocaciones debido al apego que la gente tiene por la palabra populismo. Por ello propongo una tercera opción, un plan C, aunque probablemente tampoco me ayude a ganar un concurso de simpatía entre especialistas en populismo. Consiste en usar la palabra para describir algo que ocurrió en el pasado.

Esta provocación se inspira en una observación de Peter Worsley en un notable artículo sobre populismo. Dice: “El hecho de que haya sido usada *realmente* la palabra podría indicar que tras el humo verbal hay alguna fogata” (Worsley, 1970, p.267). La mayoría de nosotros interpretó esta frase como indicador de que el fuego populista estaba por ahí en algún lado, solo que aún no lográbamos precisar exactamente dónde, o qué significaba. Tomamos esto como un desafío. Encontrar la fogata se convirtió en el santo grial de los estudios sobre el populismo o en un Excalibur académico. Como si fuéramos una pandilla de Arturos, nos empeñamos en ver quién de nosotros lograría sacar la espada conceptual del populismo de la piedra en la que estaba incrustada.

Yo mismo escribí artículos inspirado por Worsley con la esperanza de encontrar ese fuego, pero pasé por alto la sintaxis de su frase. Worsley usó el condicional “podría”. Dijo que el humo verbal *podría* indicar que hay un fuego populista, no que el fuego estuviera allí a la espera de que alguien lo encontrara. Tal vez cuidó la redacción porque no estaba seguro acerca de la naturaleza de la fogata, o por esa costumbre tan inglesa de hacer una afirmación audaz y de inmediato matizarla, una táctica tan familiar entre escritores para cubrirse las espaldas en caso de que los lectores piensen que dice algo descabellado. Incluso puede que Worsley no estuviera muy seguro de qué era ese fuego. En su artículo reivindica la postura del populismo clásico en favor de los desposeídos, pero evita comprometerse con una explicación clara de qué es el fenómeno. Todo lo que hace (y lo hace muy bien) es exponer distintos significados del populismo y conectarlos con la democracia y el avance de los de abajo.

Sea como fuere, mi impresión es que, como yo, otros escritores que fueron tras ese fuego tampoco llegaron muy lejos en su búsqueda. Lo digo a pesar de la extraordinaria calidad de los trabajos publicados sobre el tema. Por eso propongo que subrayemos el cauteloso “podría” de Worsley. Si el humo verbal es una indicación de que *podría* haber una fogata y después de medio siglo seguimos tratando de encontrarla (algunos discreparán, claro, alegando

que ya tenemos teorías muy buenas al respecto), ¿por qué no cortamos por lo sano y dejamos de intentarlo? Esta fue mi intuición inicial, deshacernos del término, seguida por la posibilidad de que lo usemos como acusación.

Si hay algo que titila por ahí como huella del populismo probablemente provenga de una fogata que ardió de otra época: el fuego populista que menciona Worsley es algo que se encendió principalmente en América Latina a mediados del siglo XX, entre las décadas de los treinta y los cincuenta. Eso fue populismo, lo que vino después fue otra cosa. Por eso, si hay tal cosa como el populismo, la palabra nombraría una experiencia que ya no es actual: alguna vez hubo algo llamado populismo, pero ya no.

Lo que vino antes también fue otra cosa. Hay una prehistoria del término que está habitada por los *homo erectus* y neandertales del populismo. La bibliografía rastrea la experiencia política del populismo a los *Naródnik*, un movimiento agrario ruso de la segunda mitad del siglo XIX. En Estados Unidos había un Partido del Pueblo, también conocido como Partido Populista, fundado en 1892 para promover los intereses de agricultores. Otros antepasados son William Jennings Bryan y Huey Long, quienes encabezaron movilizaciones en Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XX. Pero luego de rendirle un homenaje a estos precursores la bibliografía pasa a examinar lo que realmente cuenta, la ola clásica de procesos liderados por gente como Lázaro Cárdenas en México y Getulio Vargas en Brasil en las décadas de los treinta y cuarenta y muy especialmente Juan Domingo Perón en Argentina durante las décadas de los cuarenta y cincuenta. El arquetipo del populismo es la política de Perón y su Partido Justicialista entre 1946 y 1955.

Perón se embarcó en un proceso de creación de instituciones. Sus dos primeros gobiernos (dos entre 1946 y 1955 y uno de 1973 hasta su muerte en 1974) introdujeron legislación laboral, reformas constitucionales para consagrar derechos sociales, seguridad social para los trabajadores, inversión en infraestructura y el endeudamiento público para estimular la demanda agregada y con ello la doble expectativa de crecimiento económico y por implicación el aumento en la recaudación de impuestos para financiar la deuda pública. De la Torre señala que durante el primer gobierno de Perón (1946-1951) la participación de los salarios como componente del PIB creció de 37 a 47%, los salarios reales aumentaron 40% entre 1946 y 1949, hubo una expansión del sufragio y la participación electoral pasó del 18 al 50%, y las mujeres obtuvieron el derecho al voto y lo ejercieron por primera vez en las elecciones de 1951 (De la Torre, 2016, p.124). Todo esto convirtió a Perón y a Evita en estrellas de rock a los ojos de sus seguidores; también le valió a la pareja el desprecio de las élites industriales, ganaderas, agrícolas, militares, intelectuales y religiosas, así como de las clases medias acomodadas.

Mi provocación, pues, es la de reducir la complejidad adoptando la hipótesis histórica: si la fogata de Worsley se encuentra en alguna parte es en el populismo clásico o de la primera ola, especialmente Perón y el movimiento de masas que lleva su nombre. Si bien el parecido de familia entre Perón y otros exponentes de la primera ola era fuerte, esto se debió a que el peronismo funcionó como modelo analógico de esta experiencia política. Esto a pesar de que Cárdenas gobernó antes que Perón, y que el segundo mandato de Vargas, que los estudiosos asocian más directamente con el populismo, fue simultáneo con el de Perón. La mayoría eran líderes militares que denunciaban los prejuicios de clase y de raza de las élites (a veces de manera demagógica), mejoraron la participación de trabajadores y campesinos mientras los sometían a mecanismos de control verticalista, aceleraron la modernización, crearon nuevas instituciones de bienestar, formularon políticas fiscales

similares, su objetivo era reducir la desigualdad e instigaron un culto a la personalidad entre sus seguidores.

Podríamos así resolver un problema terminológico al circunscribir el uso del populismo a un conjunto de rasgos compartidos en un área geográfica y durante un periodo histórico determinado. Esto se debe a que, independientemente de sus perspectivas teóricas, quienes investigan sobre el tema coinciden en al menos un punto: que Perón y compañía eran populistas. Esto no es nada despreciable en un campo tan lleno de controversias conceptuales. El populismo se restringe así a una experiencia política (predominantemente) latinoamericana que ocurrió alrededor de mediados del siglo XX. Esto pone límites a la expansión turboalimentada del campo semántico del término. Lo que solíamos llamar populismo clásico ya no es clásico. Es populismo, punto.

La delimitación histórica del populismo tiene una ventaja nada despreciable. Nos permite hablar de autoritarismo competitivo, derecha radical, líderes fuertes, el ascenso de la desvergüenza en las democracias liberales o la formación de estados iliberales en Hungría, Polonia y Rusia como sucedáneos del autoritarismo sin sentir la compulsión de identificar huellas del populismo en ellos. Lo mismo vale para los conflictos binarios, el discurso de confrontación, el antielitismo, el culto a la personalidad, etc., que son rasgos de una variedad de prácticas políticas, *incluyendo* a las democracias liberales. No tenemos por qué relacionarlos *a priori* con el populismo. El problema terminológico es de quienes usan la palabra: ellos son quienes tienen que explicar por qué dicen que Viktor Orbán o Marine Le Pen son populistas en vez de simplemente llamarlos por lo que son, políticos autoritarios de la derecha radical.

En suma, ya no hay tal cosa como el populismo en la actualidad y debe ser entendido como un objeto de interés histórico. Experiencias posteriores podrán tener un cierto parecido de familia con el modo de movilización de los trabajadores urbanos latinoamericanos en las décadas de los cuarenta y cincuenta, pero no califican como populistas simplemente porque usen un lenguaje polarizador, conciban a la política como una batalla épica entre el pueblo bueno y élites desconectadas del sentir de la gente o tengan líderes fuertes que dicen hablar en nombre del pueblo. Si el fuego populista ardió alguna vez fue en ese entonces y en esos lugares.

## 5½ PROPUESTAS METODOLÓGICAS

Estas provocaciones no pretenden fastidiar a mis colegas. Son una respuesta a la creciente vaguedad de un término que depende de la resonancia de palabras y gestos en nuestra imaginación política que nos condiciona a decir “ipopulismo!” sin pensarlo dos veces cuando nos encontramos ante líderes fuertes, movimientos personalistas y el discurso del pueblo contra las élites. La mayoría probablemente ignorará estas provocaciones. Seguirán hablando de populismo como mejor les parezca, del mismo modo que muchos de nosotros hablaremos de sociedad después —y a pesar— de leer e incluso simpatizar con lo que Touraine y Laclau dijeron al respecto.

Por eso paso a mi segunda respuesta a la pregunta “¿Hay tal cosa como el populismo?”, cuyo desarrollo será muy escueto por motivos de espacio. Son 5½ propuestas metodológicas dirigidas a quienes no están tan convencidos de que llegó la hora de desprenderse del populismo y quieren seguir intentando descifrar qué significa esa palabra.

## Propuesta 1. Evitemos el formalismo

La primera propuesta aborda los límites del formalismo y toma la teoría del populismo de Laclau como un ejemplo particularmente ilustrativo. Es importante no confundir formalismo con formalización. Lo segundo es propio de toda teoría, mientras que el formalismo esteriliza el desorden propio de la política al hablar de lógicas —en el caso de Laclau, las lógicas de la diferencia y la equivalencia— que posicionan la discusión en un registro ontológico o cercano a él, como si el problema a tratar fuera una cuestión filosófica. Laclau es muy claro al respecto. Dice que “el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal” (Laclau, 2005, p.91) y que “por ‘populismo’ no entendemos un tipo de movimiento [...] sino una lógica política” (p.150). El formalismo ofrece coreografías conceptuales elegantes y hasta seductoras que pasan por alto las cuestiones normativas, entre ellas cómo diferenciar entre un populismo que busca la inclusión de los de abajo y otro que plantea la exclusión de minorías, inmigrantes, gente con preferencias sexuales no binarias, etc. El formalismo no ofrece mucho acerca de cómo distinguir uno de otro, pues carece de herramientas para explicar por qué habríamos de preferir iniciativas colectivas en favor de los de abajo en vez de los poderosos.

## Propuesta 1<sup>1/2</sup>. La diferenciación requiere criterios normativos

La siguiente es solo media propuesta porque esboza criterios normativos sin proponer una manera de incorporarlos en las teorías existentes. Esa sería una tarea para quienes se sienten inclinados a teorizar sobre el populismo. Sugiero cuatro maneras de pensar estos criterios. Las tres primeras se remiten a una política inclusiva preocupada por la justicia social y la igualdad.

La primera consiste en adoptar una visión sustantiva de lo que es la sociedad deseable. Es la que caracteriza a la tradición marxista, que Marx define como aquella que ha eliminado la propiedad privada, a las clases sociales que la propiedad privada genera, y con ello pone fin a la historia entendida como historia de la lucha de clases. No es necesario vincular el populismo a este criterio, especialmente al *telos* subyacente de un supuesto fin de la historia. La idea jeffersoniana de crear una sociedad conducente a la búsqueda de la felicidad, por ejemplo, es una visión sustantiva, pero disociada de un *telos*.

La segunda posibilidad es inspirarse en el trabajo de Jacques Rancière (1996), quien popularizó la idea de que todas las sociedades dañan la igualdad mediante una cuenta desigual de la palabra de cada uno: la de alguno de sus miembros sería menos valiosa que la de otros. La política consistiría en construir un pueblo, o sujeto del daño, para desafiar esa desigualdad.

Una tercera es utilizar la lectura de Michael Löwy de la interpretación que hizo Walter Benjamin de la metáfora de la locomotora de la historia tan popular en el marxismo: a veces es necesario tirar del freno de emergencia de ese tren porque nos está llevando al abismo, no a la tierra prometida (Löwy, 2005, pp. 66–67). Normalmente asociamos esto con una política de la opción menos mala, aunque es posible y hasta probable que algunos la vean como reformismo. La acusación de reformismo es poco convincente a menos que se esté dispuesto a plantear algo como la refundación jacobina de lo dado como el referente principal de lo que es una política radical, o que el radicalismo sea algo bueno en sí mismo, siempre.

El cuarto criterio, el pueblo del resentimiento, es básicamente el supuesto normativo de la política excluyente: tiende a centrarse en un etnos más que en el demos y persigue una

política que busca la liberación de grupos específicos en lugar del colectivo. El resentimiento es un hijo bastardo de la política de identidad, pero en lugar de buscar la inclusión y la tolerancia, como ocurría en las décadas de los setenta a los noventa cuando grupos subalternos buscaban reconocimiento e igualdad, la versión más reciente presenta al grupo excluyente como la parte agraviada. Así es como los nativistas y los supremacistas blancos defienden una identidad que dicen estar amenazada por grupos externos de inmigrantes, no cristianos, etcétera.

## **Propuesta 2. Sensibilidad hacia el contexto y la coyuntura**

Esta propuesta es un llamado a dejar de lado el supuesto simplificador de que el populismo es un asunto de gente buena, élites corruptas, líderes manipuladores, seguidores con una fe ciega en esos líderes, etc. La pureza no es el sello de identidad de los conceptos políticos: sin un análisis que tome en cuenta el contexto en el que se usan las palabras terminamos más cerca de la metafísica que de la política. De ahí la importancia de hacer más análisis políticos de un fenómeno y las coyunturas en las que este ocurre. Un autor como László Andor no habla del contexto o de la coyuntura sino de estructuras sociales, diciendo que no podemos tomar una postura acerca del elitismo y el antielitismo en abstracto: “Si definimos el populismo como antielitismo (sin una explicación de las estructuras sociales existentes), ¿por qué hemos de decir que es más peligroso que el elitismo mismo?” (Andor, 2019). Efectivamente, ¿por qué?

No es muy convincente decir que la simplificación niega la complejidad, que ella es solo un esfuerzo por reducirla en aras de la claridad. Tal vez así sea. Algunos de nosotros agradecemos el uso de los llamados *bullet points* o viñetas sintéticas por parte de conferenciantes, aunque solo sea en un pizarrón, pues hacen más fácil seguir el hilo de argumentos complejos. Pero entendemos que las viñetas son solo vehículos para una primera aproximación al argumento. El problema es que a veces —más de las que son deseables— caemos en narrativas que toman a esos puntos sintéticos como si fueran un sucedáneo de la complejidad. Decir que los propios populistas son quienes hacen esa simplificación es inaceptable. Somos los investigadores, los comentaristas y los políticos quienes solemos describir lo que hacen “los propios populistas” como populismo incluso antes de que los actores políticos usen esa palabra como seña de identidad. Hay, por supuesto, excepciones a la regla; mencioné, por ejemplo, el caso del partido Podemos en España. Pero sus fundadores mediáticamente más visibles eran académicos cuya visión política se inspiraba en el trabajo de Laclau y estaban orgullosos de que los tildaran de populistas. En pocas palabras, hay que contemplar el contexto cuando analizamos palabras y gestos que llamamos populistas.

## **Propuesta 3. Polemizar los lugares comunes del populismo**

La polémica es un recordatorio de que el contexto por sí solo no es suficiente para desambiguar un fenómeno. Tal como hermanos y hermanas pueden diferir en su carácter y actitudes ante la vida, un mismo contexto puede producir más de un fenómeno. Por eso no hay escapatoria a la polémica, sea para tratar de resolver qué significa algo o para desafiar el sentido común dominantes.

Pienso, por ejemplo, en la tendencia a describir al populismo como una ideología delgada (*thin ideology*) y al liberalismo, el comunismo y el socialismo como gruesas (*thick ideologies*),

para usar la distinción popularizada por Michael Freeden (2013). Cas Mudde (2004, 2021) y Mudde junto con Cristóbal Rovira Kaltwasser (2019) retomaron esta distinción en su enfoque ideacional sobre el populismo como ideología delgada. Desde la perspectiva de la delgadez el populismo sería un conjunto de ideas más o menos vagas mientras que el liberalismo, el socialismo y otras ideologías contarían con un conjunto de proposiciones con mayor coherencia o al menos con más consistencia. Esto es lo que sostiene Pippa Norris, quien ha señalado que el populismo es un estilo retórico cuyas nociones de pueblo y *establishment* “son confusas en lugar de precisas, y se adaptan a cada contexto y audiencia en lugar de estar bien definidas” y “no brinda una visión acerca de la buena sociedad ni ofrece un conjunto coherente de ideas” (Norris, 2020, p.3).

Pero incluso si aceptáramos que liberales y socialistas tienen un conjunto coherente de principios, y que eso los distingue de los populistas, quienes serían poco más que oportunistas capaces de adaptar sus mensajes a la audiencia de ese día, ¿eso acaso importa para explicar la práctica política? ¿Podemos inferir que esa coherencia discursiva enmarca su comportamiento, que su política se desprende de esos principios y valores? Lo dudo. La evidencia acerca de ese ajuste es escasa, comenzando con ese pilar de la tradición que es el Partido Republicano o GOP en Estados Unidos. El GOP se precia de defender los valores de la familia, pero no dudó en apoyar a un presidente que pagó para tener sexo con una estrella de películas porno unos meses después de que naciera su hijo menor. Se trata del mismo partido que reivindica la disciplina fiscal excepto cuando se encuentra en el gobierno, pues entonces acumula déficits considerables (Krugman, 2019).

¿Cómo cuadra el conjunto de principios coherentes del Partido Republicano con su práctica política, o su comportamiento durante la insurrección y toma del Congreso el 6 de enero de 2021 que puso en peligro a la democracia estadounidense? La respuesta es que no muy bien. La coherencia de valores y principios por sí sola no es un criterio confiable para diferenciar a organizaciones políticas populistas de las no populistas. Como todo lo demás, la validez e incluso la pertinencia misma de esa coherencia están sujetas a los protocolos de la polémica que ponen a prueba la relación entre lo que una organización sostiene y lo que esta hace.

#### **Propuesta 4. La perspectiva de los observadores situados**

Esta propuesta suma otra capa de complejidad al introducir la perspectiva del observador situado. Me refiero a quién está hablando y desde dónde, y cuáles son los lentes políticos, económicos, culturales, étnicos o religiosos a través de los cuales ve el mundo. El quién y el dónde tiene un impacto en si la gente juzga a una organización, un líder o una política como populista, si considera que el populismo es algo positivo o no, etcétera.

Lo que estoy planteando es algo que hemos oído durante mucho tiempo pero que a menudo pasamos por alto o no le damos la importancia que merece. Me refiero a que hay una mirada o perspectiva sobre el mundo antes que un procesamiento neutral de información. Esto es relevante a la hora de evaluar la manera en que la gente juzga algo que llaman populismo. A veces puede ser una visión negativa, como cuando miembros del gobierno desestiman a sus críticos como populistas mal informados que no saben gran cosa acerca de cómo administrar el aparato estatal, o como cuando la oposición hace lo mismo al cuestionar a los funcionarios de gobierno y las políticas que ejecutan. El lugar de enunciación y los marcos cognitivos y culturales afectan la perspectiva y el comportamiento político de la gente, pero no en el sentido fuerte de relaciones causales entre esas perspectivas y el estatus social, político y

cultural, aunque algunas veces obviamente sí lo es en ese sentido fuerte. Como dijo Blanca Heredia respecto al asombro de las élites ante la victoria de Andrés Manuel López Obrador y su estilo de gobierno en México:

una buena parte de nuestras élites comparten una misma mirada de fondo. A saber, la convicción de que AMLO lo ha hecho de muy mal a fatal. Comparten esa visión, pues insisten en evaluarlo desde sus propios valores, intereses y supuestos, mismos que, cabe destacarlo, no son en absoluto los mismos que los del presidente o los de la mayoría de los mexicanos (Heredia, 2020).

### **Propuesta 5. Relaciones estratégicas y gobernar desde abajo**

Mi última propuesta retoma un escrito de Michel Foucault sobre la gubernamentalización del poder, entendiendo por esto la estructuración del campo de acción de los demás (Foucault, 1988, p.15), así como el impacto de las relaciones de estrategia y los enfrentamientos entre contendientes. El argumento es que todos, independientemente de si están en el gobierno o en la oposición, intentan gobernar las acciones de los demás, y que las relaciones de confrontación modifican las identidades políticas, las agendas y los terrenos donde se dan esas confrontaciones. La inferencia que hago a partir de los argumentos de Foucault es que los conflictos son múltiples y asincrónicos, y que esto hace que la división del espacio político en dos campos sea un caso especial más que la norma de la lucha política. Las fuerzas populistas, si es que existe tal cosa, se configuran a través de esas situaciones: están lejos de tener una unidad *a priori* (aunque los actores políticos aleguen que sí la hay), no siempre siguen la secuencia de demandas sociales insatisfechas que entran en una relación de equivalencia, a menudo actúan sin líderes, pocas veces se enfrentan a los mismos adversarios siguiendo instrucciones de centros de comando y control y es raro que haya una frontera ininterrumpida que separe a contendientes claramente definidos.

\* \* \*

Creo que nuestra comprensión de lo que es el populismo seguirá atrapada en una guerra que no puede ser ganada hasta que estemos dispuestos a movernos fuera de nuestra zona de confort intelectual. Es algo que deberíamos hacer más temprano que tarde para tratar de liberarnos de nuestra relación de amor y odio con el populismo como concepto y como práctica política.

Mi manera de sacudirnos de esa modorra intelectual consiste en dejar de lado la pregunta habitual “¿Qué es el populismo?” y en adoptar la premisa de “¿Existe tal cosa como el populismo?” Es el nuevo punto de partida. Podemos concentrarnos en las tres provocaciones acerca sobre el populismo: déjalo, úsalo para descalificar a tus oponentes o piénsalo como algo que sucedió hace algún tiempo. Si no nos gustan, podemos usar las propuestas metodológicas que van dirigidas a quienes no les convencen las provocaciones y quieren mirar al populismo desde un ángulo diferente. A mí se me ocurrieron 5/2. Otros las pueden ignorar y seguir trabajando como lo han hecho siempre, o pensarán que se deben reformular las mías, añadir las suyas, o que se debe desarrollar un conjunto diferente de propuestas. Pero algo hay que hacer para escapar de la cinta de Moebius de los debates sobre populismo.

## REFERENCIAS

- Andor, L. (2019, 8 de agosto). The Poverty of Anti-Populism. *International Politics and Society*. <https://www.ips-journal.eu/regions/europe/the-poverty-of-anti-populism-3648/>
- Art, D. (2022). The Myth of Global Populism. *Perspectives on Politics*, 20(3), 999–1010.
- Bernhard, M. y O’Neill, D. (2022). Populism Revisited. *Perspectives on Politics*, 20(3), 781–786.
- Castañeda, J. (2006). Latin America’s Left Turn. *Foreign Affairs*, 85(3), 32.
- Daniszewski, J. (2020, 24 de julio). The Populism Factor: in Struggle Against Pandemic, Populist Leaders Fare Poorly. *Detroit Legal News*. <http://legalnews.com/detroit/1490190/>
- De la Torre, C. (2016). Populism and the Politics of the Extraordinary in Latin America. *Journal of Political Ideologies*, 21(2), 121–139.
- De la Torre, C. (2022). The Complex Constructions of the People and the Leader in Populism. *Polity*, 54(3), 529–537.
- El Universal (2021, 24 de septiembre). Beatriz Gutiérrez Müller reacciona a dichos de Vargas Llosa sobre AMLO y reelección. *El Universal*. <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/beatriz-gutierrez-muller-reacciona-dichos-de-vargas-llosa-sobre-reeleccion-de-amlo>.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder [1982]. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3–20.
- Freeden, M. (2013). *Ideología: una brevísima introducción*. Ediciones Universidad Cantabria.
- Heredia, B. (2020, 2 de diciembre). El presidente necesario. *El Financiero*. <https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/blanca-heredia/el-presidente-necesario/>
- Hounshell, B. (2022, 26 de julio). How Can Democrats Persuade Voters They’re Not a Party of Rich Élites? *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2022/07/26/us/politics/democrats-working-class-voters.html>
- Krauze, E. (2006, 30 de junio). El mesías tropical. *Letras Libres*. <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/el-mesias-tropical>
- Krugman, P. (2019, 28 de octubre). Debt, Doomslayers and Double Standards. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2019/10/28/opinion/us-budget-deficit.html>
- Laclau, E. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*. Siglo XXI.
- Laclau, E. (2000). La imposibilidad de la sociedad. En *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 103–106). Nueva Visión.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Löwy, M. (2005). *Walter Benjamin: Aviso de incendio*. Fondo de Cultura Económica.
- Macpherson, C. B. (1968). *La realidad democrática*. Fontanella.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government & Opposition*, 39(3), 541–563.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- Mudde, C. & Rovira Kaltwasser, C. (2019). *Populismo: una breve introducción*. Alianza Editorial.
- Norris, P. (2020, febrero). *Measuring Populism Worldwide*. HKS Faculty Research Working Paper Series RWP20–002. <https://www.hks.harvard.edu/publications/measuring-populism-worldwide>.
- Quinault, R. (2017). Democracy and the Mid-Victorians. En M. Hewitt (Ed.), *An Age of Equipoise? Reassessing Mid-Victorian Britain* (pp. 109–121). Routledge.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Nueva Visión.
- Rancière, J. (2007). *El odio a la democracia*. Amorrortu.
- Roxborough, I. (1984). Unity and Diversity in Latin American History. *Journal of Latin American Studies*, 16(1), 1–26.

- The Economist (2021, 27 de mayo). Voters should curb Mexico's power-hungry president. *The Economist*. <https://www.economist.com/leaders/2021/05/27/voters-should-curb-mexicos-power-hungry-president>
- Touraine, A. (1979). La voz y la mirada. *Revista Mexicana de Sociología*, 41(4), 1299-1315.
- Velasco, A. (2020, 1 de mayo). The Populists' Pandemic. *Project Syndicate*. <https://www.project-syndicate.org/commentary/covid19-could-strengthen-or-weaken-populists-by-andres-velasco-2020-05?barrier=accesspaylog>
- Worsley, P. (1970). El concepto de populismo. En G. Ionescu, & E. Gellner (Eds.), *Populismo: Sus significados y características nacionales* (pp. 258-304). Amorrortu.